Behavioral Psychology / Psicología Conductual, Vol. 19, Nº 1, 2011, pp. 91-116

ABUSO Y VIOLENCIA EN LAS RELACIONES DE PAREJA

José Cáceres Carrasco
Servicio Navarro de Salud; Universidad de Deusto (España)

Resumen

En la primera parte de este artículo se analizan algunas características del abuso/violencia existente entre personas que acuden a consulta en un Centro de Salud Mental de una Red Pública, en demanda de asesoramiento por problemas relacionados con la pareja. Se concluye que los niveles de abuso/violencia encontrados son altos, no existen diferencias estadísticamente significativas por lo que a violencia psicológica se refiere, pero sí en la física, y existe escasa correlación entre la violencia que cada uno de los miembros de la pareja dice ejercer y la que el otro denuncia recibir. En la segunda parte se apuntan diversas variables y mecanismos que se han presentado como subyacentes a la violencia en el contexto de relaciones íntimas, se revisa el modelo biopsicosocial de la violencia y se plantean propuestas concretas de actuación, con base en las implicaciones de dicho modelo. Se proponen, así mismo, diversas sugerencias de investigación aplicada, cuyos resultados clarificarán aspectos considerados fundamentales en este campo (tipologías, continuos o categorías, dependencia emocional, demandas explícitas e implícitas de los implicados…).
PALABRAS CLAVE: *abuso/violencia; relaciones íntimas, comunicación, solución de conflicto, factores de riesgo*.

Abstract

This paper reviews data associated to violence in the context of intimate couples attending a Community Mental Health Centre. It is concluded that violence affects a high percentage of this population. Both females and males reported a lower level of aggression for themselves than their partner attributed to them; no differences were found in psychological violence among males and females, but differences in physical violence reach statistical significance. Mechanisms underlying violence are reviewed and a Biopsychosocial Model of Violence is presented. Practical recommendations are put forward and suggestions for further research are made (typologies, differences between explicit and implicit demands of patients, violence as a continuum or as categorical differences between violent and non-violent behaviors…).
KEY WORDS: *violence, intimate couples, communication, conflict resolution, risk factors.*

Correspondencia: José Cáceres, Facultad de Psicología, Universidad de Deusto, Apdo. 1, 48080 Bilbao (España). E-mail: jose.caceres@deusto.es

Introducción

Existe abuso del otro en la sociedad actual y en sus diversos subgrupos constitutivos. En la familia existe abuso de padres a hijos y de hijos a padres. Muchas parejas también parecen caracterizarse por el abuso del uno hacia el otro. Este abuso, con demasiada frecuencia, llega a alcanzar proporciones violentas.

El Consejo de Europa define violencia en la familia como "cualquier acto u omisión cometido en el marco de la familia por uno de sus miembros, que socava la vida, la integridad corporal o psicológica, o la libertad de otro miembro de la misma familia, o que daña seriamente el desarrollo de su personalidad" (p. 10).

Este tipo de violencia, en el contexto de las relaciones íntimas parece revestir especial gravedad, por el hecho de que proviene de aquellas personas de las que sólo cabría esperar apoyo. Tanto por su prevalencia como por sus consecuencias en el campo clínico y socioeducativo, constituye un problema de importancia en España y en otros muchos países del mundo actual (Bonomi *et al*., 2006). En los primeros años de estudio del fenómeno, existía menor precisión terminológica, llegando a utilizarse de manera intercambiable los términos "abuso", "maltrato" o "violencia". Hoy en día estos conceptos no se consideran intercambiables sino que parecen entenderse como un continuo que refleja la gravedad de los acontecimientos (p. ej., Jacobson *et al*., 1994).

Las tasas de prevalencia de violencia a lo largo de la vida son especialmente altas y suelen variar entre un 25% y un 30% (Wathen y Macmillan, 2003), dependiendo qué poblaciones se estudien, cómo se haya definido la violencia, y si se pregunta acerca de violencia en el año anterior o a lo largo de toda la vida. En nuestro país, Fontanil *et al*., 2005) estiman un 20,2% de la población femenina ha sufrido maltrato a lo largo de la vida y un 6,2% en el último año. Diversas Macroencuestas del entonces Instituto de la Mujer Ministerio de trabajo y asuntos sociales (2002, 2006) revelan que este porcentaje se encuentra entre un 3,6 y un 4,2%.

Tipos de violencia-abuso

Aunque existen diversas áreas de la relación en la que se puede dar abuso-violencia, tradicionalmente se han agrupado en tres aspectos: violencia física, psicológica y sexual. La *violencia psicológica* implica maltrato verbal reiterado, hostigamiento, privación de recursos financieros, aislamiento de posibles fuentes de apoyo social externas. Corsi (1994) especifica tres características: desvalorización, hostilidad y frialdad de trato. La *violencia física* suelen englobar patadas, rotura de objetos, empujones, acogotamientos, bofetadas, heridas con armas; y la *violencia sexual* consiste en imponer contactos o relaciones sexuales al otro, en forma o frecuencia contraria a su volunta, usando la fuerza o la coacción.

Tipos de violentos-abusadores

Diversos autores (p. ej., Ceasar, 1988) analizando, mediante entrevistas, variables de personalidad, autoinformes y registros policiales, han intentado subcatego-

rizar a las personas violentas desde ángulos muy diferentes. Holtzworth-Munroe y Stuart, (1994), revisaron muchos de estos estudios y plantearon la existencia de tres tipos de hombres violentos: 1) violentos solamente en el ámbito familiar; 2) violentos disfóricos-*borderline*; y 3) violentos en general-personalidades antisociales. Más recientemente Holtzworth-Munroe, Meehan, Herron, Rehman y Stuart, (2000) han revalidado esta subcategorización.

Gottman, Jacobson, Rushe, Short y Babcock (1995) pusieron de relieve que índices psicofisiológicos, especialmente la tasa cardíaca, puede ayudar a distinguir dos tipos diferentes de personalidades violentas, tipo 2, a los que posteriormente denominaron "pitbulls" (la tasa cardíaca aumenta en la medida que progresa la discusión) y tipo 1 ("cobras", la tasa cardíaca se reduce en la medida que progresa la discusión). Estas dos formas de ser violentos, aunque implica igual letalidad, se manifiesta a través de estrategias diferentes y supone, también, una funcionalidad diferente: los primeros reflejarían una forma de reaccionar ante discusiones en situaciones de conflicto, mientras que los segundos denotarían una disposición actitudinal para conseguir un fin. En el caso de los "pitbulls" los roles de agresor y víctima no son fijos, se alternan, las agresiones se producen sólo en el contexto del conflicto, la secuencia suele ser gradual y la progresión predictible, la violencia vendría precedida de episodios de estrés, frustración y conflicto. Los "cobras" suelen mostrar antecedentes graves de violencia, los roles tienden a ser fijos: él es el agresor y ella la víctima, la aparición de la violencia no sigue secuencia alguna, suele ser repentina y su progresión rápida, no es producto de provocación alguna y no suele haber nada que la víctima pueda hacer para desactivar su aparición o progresión. Sería una forma de "terrorismo". Algunos hablan de violencia "caracterial" vs. "situacional". Otros las denominan, respectivamente, "expresiva" y "táctica".

Nosotros mismos, Cáceres (1999) pudimos replicar esta subclasificación con una muestra de parejas españolas. Bien podría ser que ambas subcategorizaciones enunciadas más arriba no sean incompatibles y en cada una de las tipologías presentadas por Holtzworth-Munroe, Meehan *et al*. (2000) (doméstica, *borderline* y antisociales) exista también un componente "táctico" o "expresivo".

Efectos de abuso/violencia

Los efectos de este tipo de violencia, como desafortunadamente constatamos en nuestro país año tras año, siempre especialmente graves, pueden llegar a ser letales. Diversos tipos de departamentos de urgencias informan efectos diferentes. En el plano psicopatológico, estos efectos son igualmente detrimentes, tanto para los diversos tipos de víctimas, aquellos que son objeto directo de la misma, y las personas que las rodean (hijos, padres...) (Lipsky y Caetano, 2007). Suelen predominar el síndrome de estrés postraumático y los trastornos afectivos (Bonomi *et al.*, (2006). Algunos autores ponen de relieve que la violencia en el contexto de relaciones íntimas no es patrimonio exclusivo del varón (Horner, 2002). Nosotros constatamos la no existencia de diferencias estadísticas por lo que a violencia psicológica

se refiere en las parejas que acuden a un Centro de Salud Mental (Cáceres, 2004). Richardson y Feder (2002) argumentan, sin embargo, que las consecuencias de este tipo de violencia son mucho más graves para las mujeres.

Estudio empírico

En la primera parte de este artículo, antes de pasar a revisar mecanismos subyacentes a la violencia en las relaciones íntimas, analizaremos el grado de abuso/violencia existente en parejas que acudieron al Departamento de Psicología de nuestro Centro, en el período comprendido entre los años 2003 y 2009.

Sujetos

En ese período acudieron a nuestra consulta, en un Centro de la Red de Salud Mental de Navarra, por dificultades en las relaciones de pareja, un total de 433 personas. 219 de ellas (50,6%) eran mujeres y 214 varones (49,4%). La gran mayoría, de clase social media y media-baja (trabajadores cualificados y no cualificados), fue derivada por su médico de cabecera, o por colegas de la Red, quienes, tras una primera consulta detectaron dificultades asociadas con aspectos relativos a las relaciones. Se incluye un 11% de los casos, que no presentaba problemas de relación entre la pareja sino dificultades con alguno de los hijos, generalmente dificultades en el ámbito académico, muchos de ellos prediagnosticados con trastorno de hiperactividad/déficit de atención, como grupo de referencia comparativa. Algunas de las características de la muestra total pueden verse en la tabla 1.

Tabla 1
Algunas características de la muestra

Características	Hombres (*n*= 214)				Mujeres (*n*= 219)			
	M	*DT*	Máximo	Mínimo	*M*	*DT*	Máximo	Mínimo
Edad	51	11	80	24	48	10	80	22
Años casados	23	11	55	1	24	11	55	1
Número de hijos	2	1	10	0	2	1	10	0

Puede notarse que se trata de personas con más de 20 años de relación, alrededor de la cincuentena, si bien personas de elevada edad también se sienten infelices en el contexto de su relación, se plantean terminarla y demandan asistencia en el proceso.

Instrumentos

Tras una entrevista semiestructurada con la persona, seguida, a veces por entrevista con la pareja, cada uno de los sujetos participantes cumplimentó todos (o alguno de) los siguientes cuestionarios, información complementada en sesión independiente con el análisis cuantitativo y cualitativo de la comunicación de la pareja, como se aclara más adelante[1].

1. "Escala de ajuste diádico" (EAD) (*Dyadic Adjustment Scale*, DAS; Spanier, 1976). La EAD consiste en un cuestionario de 32 preguntas que nos indica, en cuatro subescalas diferentes, el grado de consenso, satisfacción, cohesión y demostraciones afectivas, así como el ajuste total y la armonía general de una pareja. Los baremos existentes nos indican que las parejas separadas obtienen puntuaciones inferiores a 70; las parejas con un grado importante de disfunción obtienen puntuaciones inferiores a 85. Las parejas armoniosas obtienen puntuaciones superiores a 115.
2. "Inventario de estatus marital" (ISM) (*Marital Status Inventory*; Weiss y Cerreto, 1980). El ISM es un cuestionario que nos indica el grado de compromiso que cada uno de los miembros manifiesta hacia el mantenimiento de su relación de pareja, o, más bien su inversa, hasta qué punto este compromiso ha sido erosionado y qué pasos se han dado hacia la separación, de una manera bien real, bien fantaseada. La puntuación puede oscilar desde 0 a 14. Una puntuación más alta indica un mayor número de pasos dados hacia la separación.
3. "Cuestionario de áreas de cambio" (CAC) (*Areas of Change Questionnaire*; Weiss y Birchler, 1975). Este cuestionario nos permite analizar mediante un inventario de 34 áreas, referentes a la vida cotidiana de la pareja, la cantidad de cambio que cada uno de los miembros desea del otro en cada una de las áreas concretas (p. ej., implicación en tareas domésticas...), así como la percepción que cada uno tiene del cambio que la otra persona solicita de uno mismo. Las puntuaciones correlacionan bien con el grado de ajuste de la pareja, en el sentido de que las parejas mejor avenidas demandan menos cambios del otro que las parejas en conflicto. Este cuestionario nos permite cuantificar varias escalas: cambios pedidos y cambios que se percibe pide la otra persona. Se trata, pues, en último extremo, de evaluar tanto el número de cambios que cada uno desea del otro, así como la claridad de comunicación a la hora de pedir cambios.
4. "Inventario de interacción sexual" (IIS) (*Sexual Interaction Inventory*; Lopiccolo y Steger, 1974). Este inventario refleja una serie de dimensiones, plasmadas en escalas diferentes, estimadas necesarias para el buen desarrollo de la satisfacción sexual de una pareja, (p. ej., grado de placer sexual obtenido, percepción de los gustos del otro, satisfacción con la forma de reaccionar de la otra

1 Al igual que a la hora de reducir el número de accidentes en los llamados "puntos negros" de las carreteras, se intentan revisar y modificar el buen estado de las mismas, junto con la mecánica del automóvil y las características del conductor, parecería lógico, que, ya que hablamos de abuso/violencia en el contexto de relaciones íntimas, revisemos algunas de las variables de la relación.

persona y de uno mismo, satisfacción con la frecuencia de actividad sexual, aceptación del otro como ser sexuado y de su forma de vivir la sexualidad...).

5. "Índice de violencia en la pareja" (Hudson y Mcintosh, 1981) adaptado por Cáceres (2004). En los comienzos de nuestro trabajo con parejas, y mucho antes de que el tema de la violencia saltase a la primera página de los medios de comunicación valorábamos mediante preguntas la existencia de violencia en el contexto de la relación. Algunas parejas pasaban a hablar de manera abierta de la misma, pero muchas otras negaban su existencia, para relatar de manera desenfadada un poco más adelante en la entrevista, cómo se habían roto puertas o paredes de un puñetazo o cómo habían volado ceniceros o teléfonos móviles como armas arrojadizas... Esto nos hizo pensar que, entre otras razones, ello se debía, seguramente a que los criterios que tenía la pareja acerca de qué sea y qué no sea violencia, son diferentes de los empleados por el clínico. Es por ello que muy pronto, además de preguntar, sistematizamos el uso del "Índice de violencia en la pareja". Se trata de un cuestionario de 30 ítems que valora dos dimensiones diferentes, la frecuencia y la intensidad de violencia, en tres subescalas bien definidas: Violencia física, psicológica y sexual. Algunas de las preguntas de este cuestionario han sido incluidas en el cuestionario desarrollado por Delgado, Aguar, Castellano y Luna Del Castillo (2006). Cada uno de los ítems es valorado por la propia persona en una escala tipo Likert, por lo que a frecuencia de ocurrencia se refiere. A la hora de cuantificar la intensidad de violencia, tanto física ("me golpea tan fuerte que llego a necesitar asistencia médica"; "se irrita si le digo que bebe demasiado..."); sexual ("me obliga a tener relaciones sexuales") y psicológica ("me humilla..."; "se cree que soy su esclavo/a"...) la frecuencia de ocurrencia marcada por la persona es corregida por un multiplicador, proporcional al grado de importancia que ese ítem recibe dentro de la escala en cuestión. Según los baremos publicados por el autor, una puntuación de intensidad de violencia igual o mayor de 10 en la escala de violencia física incluiría a un 91% de mujeres sometidas a este tipo de violencia. La puntuación de violencia psicológica que discriminaría igual porcentaje de mujeres sería de 25, que nosotros utilizamos como punto de corte. Hemos adaptado este cuestionario de manera que pueda ser contestado también por hombres, respetando, al máximo posible, el original y, además hemos construido un segundo formato, intentando valorar el grado de violencia que cada uno asume ejercer sobre la otra persona. Hemos controlado, así mismo, el efecto que pueda tener a la hora de admitir grado de abuso/violencia recibida, la violencia que se admite ejercer, controlando, de manera aleatoria, el orden en que se rellenan los cuestionarios. La mitad de la muestra siguió la secuencia "recibo-hago" y la otra mitad "hago-recibo".
6. Análisis cuantitativo y cualitativo de la comunicación. Para realizar una valoración cuantitativa de la comunicación (Navran, 1967) y un análisis cualitativo del estilo comunicacional de las parejas, a la hora de solucionar sus conflictos interpersonales, les pedimos que eligiesen un tema que representase especial conflicto entre la pareja, que hiciesen un intento por resolverlo, mientras

se grababa en vídeo su interacción. Tras comprobar la validez ecológica de tal intento, analizamos su forma de presentar el problema, sus intentos por acordar soluciones, así como lo adecuado del proceso, tanto en su dimensión verbal (contenidos), como en aspectos no verbales (tonos, gestos, posturas). Las pautas para tal análisis pueden encontrarse en Cáceres (1996, p. 147).

7. Otras escalas clínicas. Analizamos, además, de manera sistemática el grado de ansiedad y de depresión, a través de la "Escala de ansiedad de Hamilton" (*Hamilton Anxiety Scale*, HAS; Hamilton, 1959) y el "Inventario de depresión de Beck" (*Beck Depression Inventory*, BDI; Beck, Ward, Mendelson, Mock y Erbaugh, 1961), respectivamente.

Resultados

La tabla 2 pone de relieve el grado de violencia que, tanto ella como él denuncian recibir. Un 65, 3% de las mujeres y un 23,5% de los hombres supera el punto de corte en la escala de violencia física (11 puntos). En la escala psicológica estos porcentajes son 47,3% para las mujeres y 31,4% para los varones. Las diferencias de sexo (ANOVA) alcanzan significación estadística en todas las escalas, menos la de Violencia psicológica. Un análisis resumido de la frecuencia de los principales actos violentos concretos puede verse en la tabla 3.

Tabla 2
Tipos de violencia sufrida, según el sexo

Tipos de violencia	Hombre		Mujer		F	Sig.
	M	*DT*	*M*	*DT*		
Física	6,52	7,05	11,4	11,0	9,81	0,002
Psicológica	20,67	16,2	25,7	19,6	2,79	0,097
Sexual	2,92	9,44	8,80	17,92	5,895	0,016
Total	27,32	21,9	36,9	28,2	5,12	0,025

Tabla 3
Actos violentos concretos para cada miembro de la pareja

Acto violento	Él (%)	Ella (%)	Total%
Se muestra celoso/a y suspicaz	15,3	26,9	21,3
Se vuelve agresivo/a cuando bebe	5,6	8	6,8
Amenazados con arma	2,6	6,7	4,8
Golpes cabeza	3,9	11,1	7,8
Necesité asistencia médica	1,3	6,7	4,2
Tengo miedo a la pareja	26	41,9	33,8

VIOLENCIA RECIBIDA Y EJERCIDA

Como se señaló más arriba, hemos valorado (en este análisis se incluyen las 26 últimas parejas que han *acudido* a nuestra consulta - N= 52), el grado de concordancia existente entre la violencia que cada uno de ellos dice ejercer sobre la otra persona, con la que esta denuncia sufrir. Cabría esperar una cierta concordancia entre ambas escalas, si el constructo analizado fuera objetivable y no se viera influido por otras numerosas variables.

La figura 1 refleja las puntuaciones medias tanto denunciadas como ejercidas. Puede verse que, mientras la mujer denuncia recibir una media de 10,15 de violencia física, el marido admite ejercer sólo una media de 5,72. Esta es la única diferencia que alcanza significación estadística (t=2,50; p<,05). Se observará, también, que las medias parecen ser más coincidentes en el caso de la violencia que dice recibir el marido (tanto física como psicológica) y la que admite ejercer la mujer. Sin embargo el grado de concordancia en la evaluación puntual, dato de especial relevancia, es especialmente bajo como lo demuestra la siguiente tabla 4.

Figura 1
Media de puntuaciones de violencia física y psicológica ejercida y percibida por él y por ella

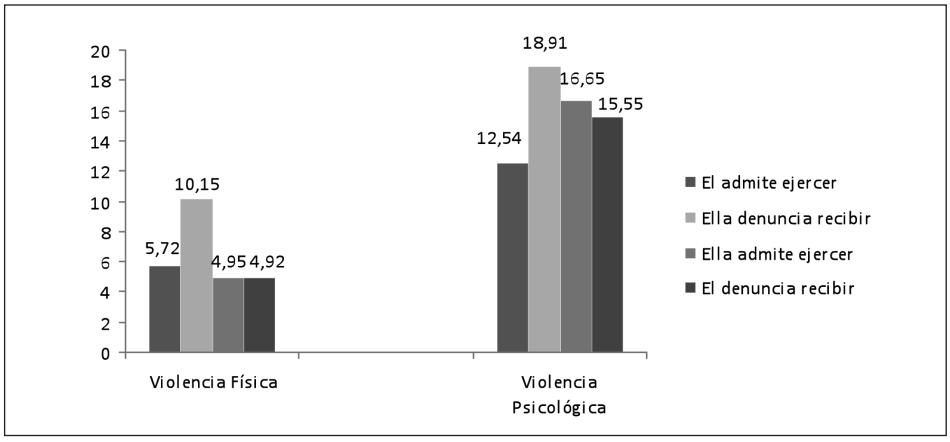


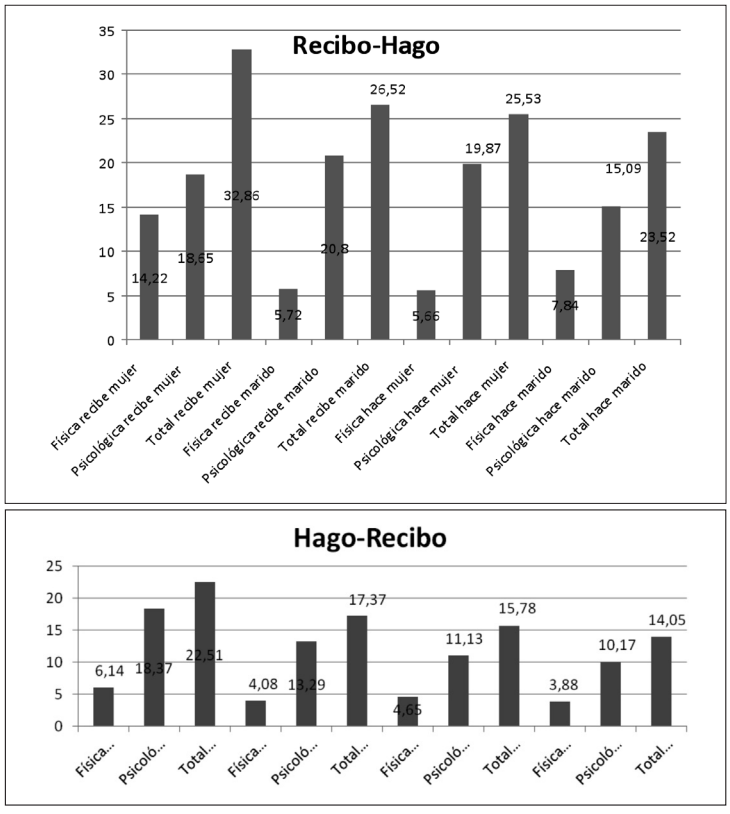
Tabla 4
Análisis de fiabilidad entre violencia ejercida y recibida por cada miembro de la pareja (alfa de Cronbach y [coeficiente correlación intraclase])

Tipo de violencia	Hace marido / Recibe mujer	Hace mujer / Recibe marido
Física	0,615 [0,514]	0,556 [0,516]
Psicológica	0,691 [0,510]	0,686 [0,516]

Llama la atención la escasa concordancia existente pues el índice de fiabilidad y el coeficiente correlación intraclase son relativamente bajos. Cabe recordar que algunos autores (p. ej., Nunnally, 1987) proponen como un buen grado de fiabilidad puntuaciones $\alpha > 0{,}70$. Pita y Pertegás (2004) valoran los Coeficientes de Correlación Intraclase comprendidos entre 0,50 y 0,70 como "moderados". Curiosamente se acercan al punto de buena fiabilidad las escalas de violencia psicológica que, dado que "no dejan marcas en la piel", podrían ser más difícilmente objetivable ($\alpha = 0{,}691$; pero Coeficiente Correlación Intraclase= 0,51 es solo "moderado"). Es especialmente baja la relación existente entre la violencia física que dice ejercer ella y la que denuncia recibir él ($\alpha = 0{,}556$; CCI= 0,51), aquella en que las puntuaciones medias (figura 1) más parecen acercarse.

Un segundo aspecto digno de ser resaltado es que, como pone de relieve la figura 2, el grado de violencia que se dice sufrir y ejercer es menor, si previamente se ha contestado al grado de violencia que uno mismo ejerce.

Figura 2
Violencia ejercida y sufrida por él y por ella,
según secuencia seguida al rellenar los cuestionarios



ASPECTOS DE LA RELACIÓN

1. *Ajuste diádico*. La tabla 5 resume algunas dimensiones consideradas importantes a la hora de caracterizar la armonía en una relación. Hemos colocado entre paréntesis, tras el nombre de la dimensión, la puntuación media que caracterizaría a las parejas "bien avenidas". Puede observarse que, las puntuaciones son relativamente bajas, indicando un grado de conflicto e infelicidad. Todas las escalas, menos las de cambio demandado y estatus marital (indicadora de pensamientos y deseo de separación), son significativamente más bajas en el caso de la mujer (ANOVA de un factor).

Tabla 5
Ajuste en la relación de pareja

Aspectos evaluados (*M* de parejas "bien avenidas)	Hombre		Mujer		F	Sig.
	M	*DT*	*M*	*DT*		
Puntuación total EAD (115)	96	20	87	25	15,265	0,000
Consenso (58)	44	9	41	12	10,858	0,001
Satisfacción (40)	34	7	31	8	19,278	0,000
Cohesión (13)	11	5	9	5	10,729	0,001
Expresión de afecto (9)	7	3	6	3	2,464	0,117
Cambios demandados (CAC) (7)	6,53	5,149	10,01	6,218	--	--
Estatus marital (ISM) (2)	4	3	6	3	11,048	0,001
Cuestionario comunicación (100)	90,83	14,09	89,42	15,15	--	--

Notas: EAD= Escala de ajuste diádico; CAC= Cuestionario de áreas de cambio; ISM= Inventario de estatus marital.
Entre paréntesis, al lado de los aspectos evaluados, se incluye la media de las parejas "bien avenidas".

Por otra parte, en la tabla 6, presentamos las principales diferencias en los diferentes aspectos de la relación que fueron evaluados en función de la existencia o no de violencia (ANOVA de un factor) tras dicotomizar las variables continuas Violencia física y Violencia psicológica en Violencia SI y Violencia No, utilizando para ello el punto de corte de ambas variables. Existen claras diferencias en varias dimensiones relacionales entre las parejas que denuncian violencia y las que manifiestan no estar sometidos a violencia psicológica. A saber, tanto él como ella demandan más cambios en la relación, lo que seguramente signifique que están más descontentos o bien que son más exigentes, su nivel de ajuste diádico (DAS) es mucho menor, y manifiestan menor acuerdo en las relaciones sexuales.

Tabla 6
Diferencias en dimensiones de la relación ante la presencia de violencia psicológica

Variables	Violencia NO		Violencia SI		F	Sig.
	M	*DT*	*M*	*DT*		
Años de casados	23,65	9,013	24,00	0,010	0,920	0,920
Escala de Ajuste diádico	85,41	19,187	68,45	7,121	0,011	0,011
Cambios pedidos por él	5,65	4,527	9,45	5,810	0,021	0,021
Cambios pedidos por ella	8,82	6,579	14,36	8,303	0,007	0,007
Escala de ansiedad de Hamilton	12,18	7,401	13,14	0,186	0,669	0,669
Inventario de depresión de Beck	14,29	9,259	17,36	1,202	0,280	0,280
Acuerdo relaciones sexuales	2,71	1,312	1,73	4,050	0,051	0,051

2. *Dimensión sexual*. Las puntuaciones de hombres y mujeres en las diversas dimensiones consideradas importantes, así como sus diferencias (ANOVA de un factor), por lo que al área sexual se refiere, se muestran en la tabla 7. Hay que recordar que estas escalas, que en el fondo indican discrepancias entre lo deseado y lo conseguido sugieren mayor desajuste cuanto más altas son, excepción hecha del Grado de placer subjetivo. Puede observarse, si comparamos con las puntuaciones de referencia para las parejas sexualmente armónicas (presentadas entre paréntesis) que la dimensión sexual no parece ser una fuente de gratificación entre estas parejas, sino más bien lo contrario. Estos datos no son muy diferentes a los presentados anteriormente (Cáceres, 2008).

Tabla 7
Dimensiones sexuales en cada miembro de la pareja

Dimensiones sexuales	Hombre		Mujer		F	Sig.
	M	*DT*	*M*	*DT*		
Satisfacción con la frecuencia de actividad sexual	24 (11)	15	21 (10)	13	1,212	0,274
Autoaceptación en el terreno sexual	7 (4)	5	14 (7)	8	26,747	0,000
Grado de placer subjetivo obtenido	5,16 (5,3)	0,48	4,59 (5,1)	0,83	17,300	0,000
Acuidad perceptiva del otro en el terreno sexual	18 (11)	7	13 (10)	7	12,884	0,001
Aceptación del otro en el terreno sexual	22 (10)	13	12 (9)	9	20,182	0,000

Nota: entre paréntesis se incluye la media de las parejas sexualmente armónicas.

ANSIEDAD Y DEPRESIÓN

La tabla 8 refleja las puntuaciones alcanzadas en los cuestionarios que evalúan ansiedad y depresión. Estas puntuaciones denotan que los maridos no parecen estar clínicamente deprimidos y un grado de depresión leve en las mujeres (ANOVA de un factor). No parecen existir diferencias estadísticamente significativas entre los hombres y las mujeres de la muestra. El análisis de varianza multivariado refleja la existencia de una interacción significativa entre la presencia de violencia física y el sexo, tanto para el grado de depresión (F= 232; $p< 0,000$) como en el nivel de ansiedad (F= 152; $p< 0,000$). Esta interacción también es significativa en el caso de la Violencia psicológica (depresión: F=188,079; $p< 0,000$; ansiedad: F=137; $p< 0,000$).

Tabla 8
Depresión y ansiedad

	Hombre		Mujer		F	Sig.
	M	*DT*	*M*	*DT*		
Depresión (BDI)	15	8	18	9	3,376	0,069
Ansiedad (HAS)	13	9	15	8	0,900	0,345
Ansiedad psíquica	7,45	4,50	7,93	4,30	0,345	0,558
Ansiedad somática	5,95	4,75	6,88	4,81	1,072	0,303

Nota: BDI= Inventario de depresión de Beck; HAS= Escala de ansiedad de Hamilton.

ANÁLISIS DISCRIMINANTE

Recodificadas las puntuaciones de violencia física y violencia psicológica como se señaló antes, un análisis discriminante, incluyendo como variables todas las de la "Escala de ajuste diádico" junto con la cantidad de cambio solicitada por él y por ella, mostró que se habrían clasificado correctamente el 100% de los casos por lo que a Violencia física y Violencia psicológica se refiere (tabla 9). Como es sabido, cuanto menor es el valor de Lambda de Wilks mayor es su valor discriminante. En la tabla 10 se presentan, de manera ordenada, las variables que más contribuyen en la función discriminante, tanto en Violencia física como en Violencia psicológica, según la matriz de estructura de la función discriminante.

Conclusiones parciales

Los datos del análisis de nuestra muestra revelan que existe un alto porcentaje de personas, hombres y mujeres, que en un contexto clínico, admiten haber sido víctimas de violencia en su relación de pareja. Existen diferencias entre ambos sexos en cuanto al grado de violencia física se refiere, pero no así en cuanto a la violencia psicológica.

Tabla 9
Análisis discriminante en violencia física y psicológica

Tipo de violencia	Lambda de Wilks	Sig.
Psicológica	0,074	0,041
Física	0,067	0,015

Tabla 10
Variables en la función discriminante

Violencia psicológica	Violencia física
Frecuencia de riñas	Confías en tu pareja
Amistades	Finanzas familiares
Cambios pedidos por ella	Toma de decisiones importantes
Colaborar en proyectos	Ausencia de demostraciones afectivas
Convencionalismos	Besas a tu pareja
Cambios pedidos por él	Acuerdo en religión
Filosofía de la vida	Acuerdo relaciones sexuales
Lamentar haberse casado	Grado de satisfacción
Diversiones	Futuro de la relación

Existen algunas discrepancias entre lo que la pareja suele entender por violencia frente a lo que los profesionales clínicos llaman violencia. Existen, así mismo ciertas discrepancias entre el grado de violencia que cada uno dice recibir frente al que cada uno admite ejercer. Generalmente, minimizan la que cada uno admite hacer y maximizan la que la otra persona les inflige. Parece existir mayor concordancia, si se revisan solamente las puntuaciones medias, entre la que la mujer admite ejercer y la que el hombre denuncia recibir, pero este grado de concordancia, que refleja sólo la tendencia central, desaparece cuando se analiza el grado de coincidencias en aspectos concretos, donde quizá hubiera sido de esperar una concordancia mayor ("buena" o "muy buena"). Estas mismas diferencias han sido informadas por otros estudios (Jouriles y O'leary, 1985; Simpson y Christensen, 2005) y su interpretación es compleja ¿Es que él minimiza la violencia que hace para evitar consecuencias y la que recibe "porque no es de hombres llorar..." o recibir violencia?, ¿acaso ella, más sensible y susceptible, usa criterios diferentes para etiquetar tanto violencia recibida como realizada? Todo esto tiene, creemos, implicaciones importantes, no sólo a la hora de analizar la estimación de prevalencia de violencia y las posibles "denuncias falsas" (¿falsas para quién?), si no, lo que es más importante, la implementación de medidas preventivas. Difícilmente se pueden formular pautas a seguir en la interacción diádica, si ni siquiera se está de acuerdo en lo que conviene evitar.

Por otra parte, la calidad de la relación de pareja tiene mucho que ver en el desarrollo de la violencia. Está bien documentada la relación existente entre el grado de

violencia sufrida y otras dimensiones de la relación, tales como la armonía general y los cambios demandados en el comportamiento del otro, en el caso de las mujeres, y del ajuste sexual, en el caso de los hombres (Cáceres *et al.*, 1998; Cáceres, 2004; Cáceres, 2007); el aumento de violencia, en la medida en que los años de relación se continúan, si se produce un deterioro en la misma (Cáceres y Cáceres, 2006) y su estrecha relación con los signos de deterioro de la relación (Cáceres, 2007); el papel predictor del grado de conflicto en la pareja de posibles recaídas/repeticiones de episodios de violencia (Aldarondo y Sugarman, 1996). El patrón que la pareja va a utilizar parece bien establecido, ya en los primeros años de la relación (O'leary *et al.*, 1989; O'leary, Malone y Tyree (1994). También se ha documentado la escasa percepción del riesgo al que se encuentran expuestos parte de los implicados (Campbell, 2004; Bell, 2008).

Modelos explicativos de la violencia en la pareja

Se han realizado varias propuestas a la hora de construir un modelo teórico que ayude a entender lo que ocurre en los episodios de violencia en el contexto de relaciones íntimas y diversidad de autores han enfatizado aspectos diferentes, tanto socioculturales como educativos, estructurales, biológicos, de ejercicio de poder contra la mujer, sexo, entre otros (Boonzaier, 2008; Bograd y Mederos, 1999; Neidig y Friedman, 1997).

Algunos se han centrado en niveles parciales de análisis revisando bien el área personal, interpersonal o social. Se señalan, a continuación, algunas referencias de cada una de esas áreas, a título informativo, sin ánimo de ser exhaustivos. En el *nivel personal* se han investigado muy diversas variables. A saber, características de personalidad (Bettencourt, Talley y Benjamin, 2006), aspectos neurobiológicos (Van Goozen, Snoeck y Harold, 2007) y niveles de testosterona, aunque respecto a estos últimos los resultados no son concluyentes. Las publicaciones de revisión de modelos teóricos de la violencia y agresividad, clarifican y ponen de relieve su papel (Galea et al., 2008; George, Phillips, Doty, Umhau y Rawlings, 2006; George *et al*., 2001), mientras que estudios empíricos señalan que otras variables pueden ser tanto o más relevantes (Mckenry, Julian y Gavazzi, 1995) o que en violencia en relaciones íntimas, la interacción entre variables es mucho más compleja (Cohan, Booth y Granger, 2003). Algunos (p. ej., Fernández-Montalvo y Echeburúa, 1997) han señalado la existencia de diferencias en cuanto a distorsiones cognitivas entre los violentos. Curiosamente los porcentajes de creencias distorsionadas entre los agresores son parecidas a las encontradas en encuestas entre padres y madres a la hora de utilizar el castigo físico como elemento corrector de los hijos (Juste Ortega, Morales González y Costa Cabanillas, 1997). El sexo es otra variable importante y analizada con frecuencia, argumentando la escasas diferencias encontradas, por lo que a agresión e refiere, en el mundo real (Archer, 2004).

En el *nivel interactivo* son muchos los estudios que encuentran diferencia en el estilo de la relación, al comparar las parejas que admiten violencia de las que se ven libres de ella. Los resultados reflejan que lo contrario de maltrato no suele

ser ausencia de violencia, sino "buen trato" (Jacobson, Gottman, Gortner, Berns y Shortt, 1996; Rosenbaum y O'leary, 1981; Schumacher y Leonard, 2005). En otro lugar se ha puesto de relieve que muchos de los resultados que nos encontramos, a la hora de discriminar parejas bien avenidas de las parejas en conflicto, son muy parecidos a los que encontramos en parejas que admiten violencia de las que refieren bajos niveles de violencia, es una interacción caracterizada por el predominio de aspectos negativos, tanto en el ámbito verbal como no verbal, alta reciprocidad negativa… (Cáceres, 2007) y que los niveles de violencia aumentan con las transiciones de la pareja y, sobre todo, en la medida en que la relación se deteriora (Cáceres y Cáceres, 2006). Al estudiar las formas adoptadas, tras el inicio de la convivencia, la gran mayoría intenta que el otro cambie hasta conformar la imagen que se han formado del mismo. Algunos intentan conseguir estos cambios mediante estrategias positivas, pero otros recurren a modales punitivos. La secuencia que suelen seguir estos últimos implican, tras los primeros intentos de entendimiento, estilos comunicacionales disfuncionales. Comienzan por levantarse primero la voz, luego los tonos y el grosor de las palabras, siguen las actitudes agresivas (Cáceres, 1992) y, para terminar, cuando constatan "que hablando no se entienden", levantando los puños o las armas. Las "luchas de poder" en la relación pueden ser determinantes (Babcok, Waltz, Jacobson y Gottmann, 1993). Estos intercambios punitivos implican una mayor activación fisiológica (Levenson y Gottman, 1985), activación que se contagia del uno al otro (Levenson y Gottman, 1983). Diversos autores (p. ej., Cameron, 2003) ponen de relieve que la incidencia de violencia entre parejas homosexuales —particularmente lesbianas—, es más alta que en parejas heterosexuales, lo que seguramente suponga que son variables asociadas con la relación o el individuo, y no tanto el sexo, las que importan. Otros intentan explicar este alto grado de violencia entre lesbianas con base en variables tales como el alcohol, la testosterona y las formas adoptadas a la hora de resolver sus conflictos (Baker, Pearcey y Dabbs, 2002).

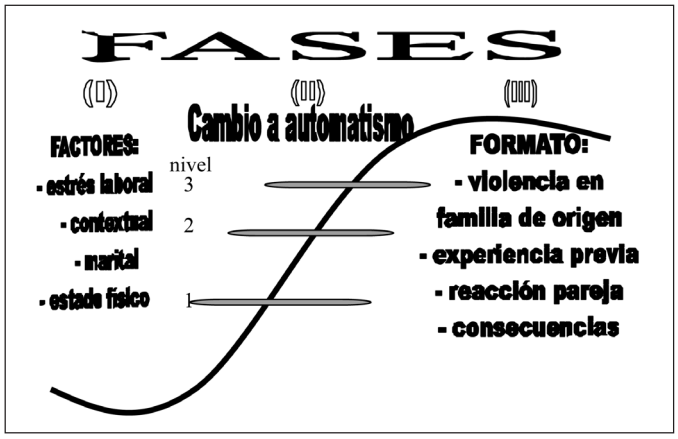
En el *ámbito social* también se han señalado muchas variables, entre ellas, el proceso de socialización y la guerra de los géneros (Taubman, 1986). Creemos que, especialmente tras estudios que ponen de manifiesto la multicausalidad de la violencia en el contexto de las relaciones íntimas (Schumacher, Feldbau, Smith Slep y Heyman, 2001), cualquier teoría propuesta para explicar este complejo fenómeno debiera, cuando menos incluir todos los niveles anteriores (Schumacher y Leonard, 2005).

Integración, interpretación y presentación de modelo

De manera más global, Rosembaum, Geffner y Sheldon, (1997) han integrado muchos de los datos aquí revisados en lo que se ha dado en llamar modelo biopsicosocial de la violencia (figura 3).

Este modelo, que enfatiza aspectos individuales, interactivos y modelado social, no es totalmente novedoso (Bouchard y Lee, 1999; Vivian y Heyman, 1996) y supone la existencia de dos tipos de determinantes (Rosembaum, Geffner y Sheldon, 1997),

Figura 3
Modelo biopsicosocial de la violencia doméstica
(adaptado de Rosembaum, Geffner y Sheldon, 1997)



los *remotos,* entre ellos se incluyen las condiciones que admiten el uso de la violencia como forma de conseguir los fines propios, fueran estos cuales fueren y en el ámbito que fuere; y los *inmediatos*, que se refiere a los determinantes más cercanos podrían subagruparse en tres fases bien diferentes e implicarían las siguientes asunciones: 1) *activación*; las personas se activan fisiológicamente en función de diversas fuentes de estrés (laboral, marital…) (Babcok, Waltz *et al*., 1993; Gottman y Levenson, 1986; Jacobson, Gottman *et al*., 1994); 2) *desbordamiento de umbral*; esta activación se "contagia" entre los miembros de una pareja, produciéndose entre ellos un verdadero "ensamblaje fisiológico" (Levenson, y Gottman,1983). Sobrepasados determinados niveles de activación, todas las personas empezarían a funcionar en un formato automático. Las personas se diferenciarían entre sí, por una parte, en el nivel de umbral que determina su pase a "piloto automático". Los factores que determinan este umbral podrían ser características más o menos estables (p. ej., de personalidad) o coyunturales (p. ej., uso de alcohol, drogas…) (Ceasar, 1988; Lipsky, Caetano, Field y Larkin, 2005). Estos niveles vendrían determinados no sólo por diferencias individuales, si no también por la propia historia de aprendizaje de la pareja, superándose con mayor prontitud en la medida en que aumentan los años de conflicto y la reciprocidad negativa. Algunos (p. ej., Taylor, Klein, Lewis, Grunewald, Gurung y Updegraff, 2000) señalan diferencias entre el hombre y la mujer en tales interacciones estresantes, en el hombre predomina la "lucha-huida" y en la mujer la "resolución amigable"; y 3) *funcionamiento automático*; tras sobrepasar el umbral crítico, en el "funcionamiento automático", los pasos seguidos estarían más allá de la razón y la forma de actuar vendría determinada por los modelos aprendidos a lo largo de la vida, especialmente en la infancia, y se vería modulada, a su vez, no tanto por las consecuencias

inmediatas o diferidas de las acciones, tanto a nivel individual como social, sino, principalmente, por la experiencia de ganancias propias en el pasado, al utilizar estrategias violentas. De aquí la relativa ineficacia inhibitoria del castigo, especialmente con los "cobras" y personalidades psicopáticas (Church, 1963). De cualquier manera, todos estos datos agrupados ayudarían a entender y explicar el sentido y la funcionalidad para los implicados (Burkitt y Larkin, 2008; Allison, 2008) de este aparente sinsentido.

Medidas propuestas

Entre las medidas que se han implementado o barajado en nuestro país, (fundamentalmente de tipo punitivo, que no preventivo) cabría mencionar las medidas legales, especialmente la ley 27/2003 "Violencia Doméstica. Ley reguladora de la Orden de protección de las víctimas de la violencia doméstica", así como sus varias modificaciones, en las que se intentan desarrollar diversos procedimientos policiales y judiciales, el endurecimiento de las penas a la persona agresora y el dictamen de órdenes de alejamiento de la misma. No todos los estudios realizados avalan la eficacia de estos procedimientos (Holt, Kernic, Lumley, Wolf y Rivara, 2002; Holt, Kernic, Wolf y Rivara, 2003).

Parece claro que, como hemos argumentado en otro lugar (Cáceres, 2009), por muy eficaces que sean las medidas sociales, judiciales o policiales que se implementen, se verán condenadas al fracaso si no obtenemos la colaboración, de manera comprometida, de cada uno de los miembros de la pareja, a la vez que se les ofrecen alternativas no violentas que les sean funcionales en el establecimiento y perpetuación de su dinámica relacional. Las medidas de alejamiento, ya ha quedado reseñado (Holt *et al*. 2003), no siempre terminan siendo eficaces en todos los casos. Muchas veces es la misma víctima la que termina por sabotear la eficacia de tales medidas, aduciendo muy diversas razones para su forma de actuar (soledad, indefensión, motivaciones económicas…).

Debiera implicarse al personal sanitario de Atención Primaria y Servicios de Urgencia, para potenciar la detección de la violencia en sus primeras fases de desarrollo, cuando todavía sea recuperable (Liebschutz, Battaglia, Finley y Averbuch, 2008), clarificar la existencia de "agendas ocultas" en las denuncias e intentar clarificar-disminuir las posibles discrepancias existentes entre las demandas explícitas existentes al presentar la denuncia (p. ej., "que se me ofrezca la protección justa y necesaria…") e implícitas (p. ej., "que alguien desde fuera me ayude a implementar el modelo de relación que deseo con esta persona y que por mí mismo soy incapaz de imponer…") y todo ello teniendo en cuenta las diferencias socioculturales (Wrangle, Fisher y Paranjape, 2008).

Pero será difícil implicar al personal sanitario de Atención primaria, si no cuentan con programas de apoyo bien definidos con los que puedan contar y a los que puedan derivar. Por lo que a las parejas se refiere, se proponen algunas medidas en función de la fase en que se encuentren las mismas en el modelo propuesto anteriormente (Rosembaum *et al*. 1997).

Para parejas en fase I

Teniendo en cuenta los resultados de Schumacher y Leonard (2005) y Stith, Green, Smith y Ward (2008), con las parejas que se encuentran en esta fase cabría plantearse potenciar todos los mecanismos que convierten la convivencia en gratificadora (Cáceres, 1986), pues lo contrario de maltrato no parece ser la ausencia de violencia, sino "buen trato", lo que supondría el desarrollo de diversas capacidades: válvulas de escape conjuntas, aumento de "símbolos de unión", estilos de comunicación y solución de problemas eficaces, clarificando el dónde, el cuándo y, sobre todo, el cómo (Vives-Cases, Gil-Gonzalez y Carrasco-Portino, 2009). La capacidad de clarificar cuáles de los "temas atascados" requerirían tratamientos especiales, el reconocimiento de los momentos/procesos/temas que incrementan la activación fisiológica, tanto en uno mismo como el otro y los intentos de controlar al otro (Wuest y Merritt-Gray, 2008); de igual forma, maximizar el acuerdo entre la pareja en cuanto a qué constituyen comportamientos violentos y potenciar la percepción de peligro cuando éste exista. En nuestro Centro se intenta haciendo que los implicados aprendan a reconocer estas señales de peligro en interacciones de otras parejas videograbadas en el contexto de una discusión, para, después potenciar la interiorización y generalización de este reconocimiento a ellos mismos y su propia situación. Y finalmente, optimizar e individualizar las actuaciones disponibles a cada uno de los miembros de la pareja para desactivar esta activación fisiológica (Cáceres, 1996).

En el caso de aquellas parejas en las que la convivencia futura continuada se haya demostrado inviable, por decisión de uno de los implicados o tras una evaluación detallada de la situación, (Cáceres, 1996), sería necesario desarrollar programas que posibiliten-faciliten la ruptura de vínculos emocionales, tan importantes para los humanos, y potencien la toma de decisiones importantes a las que se ven abocados, sin recurrir a métodos violentos (Cáceres, 2003).

Para parejas en fase II

Las parejas que se encuentran en esta fase, en las que ya se han dado episodios de alta hostilidad inesperada y momentos de violencia más o menos grave, por cuestiones relacionadas con la pareja o externas a la misma, se benefician de programas cuyo objetivo fuera:

a) Descubrir las situaciones y circunstancias que facilitan la disminución del umbral de activación y capacidad de autocontrol, como podrían ser los celos, poner sobre la mesa los "problemas enquistados" y no satisfactoriamente resueltos, uso de alcohol o drogas, etc. (Montes-Berges, 2008; O'farrell, Murphy, Stephan, Fals-Stewart y Murphy, 2004).
b) Potenciar técnicas que permitan aumentar tales umbrales, de manera que no se salten con tanta facilidad y que pongan fin al contagio del ensamblaje fisiológico que parece establecerse entre ambos miembros y al que hemos aludido anteriormente (capacidad de autocontrol, relajación, establecimiento

de límites externos, anticipar situaciones en las que estos umbrales fueran bajos, acordar entre ambos pautas a seguir en tales momentos). Entre estas tácticas podríamos incluir: "desarmar al otro con agrados", "señales preacordadas para desactivar la situación", "técnica del disco rayado", asertividad empática (Cáceres, 1986).

Para parejas en fase III

Las parejas en las que los episodios violentos son ya una constante, en las que se pasa de un clima de aparente tranquilidad a una tensión extrema en muy poco tiempo sin razón aparente (lo que seguramente denote una alta reciprocidad negativa) (Cáceres, 1989) y que, por sus propias razones, no deseen o crean que no pueden separarse tendrían que aprender a:

a) Acordar y asumir señales externas, con ayuda de autoregistros apropiados, que faciliten hacer seguimiento y controlar el estado interno, propio y del otro, y que, permitan a cada uno de los miembros de la pareja aprender a detectar situaciones de alta activación y posible riesgo de explosiones emocionales descontroladas.
b) Entrenamiento e introyección individualizada y conjunta de técnicas como el "tiempo fuera de refuerzo", preacordando y asumiendo el procedimiento a seguir. Por ejemplo, "me voy durante media hora al parque cercano, a ver si me tranquilizo. Cuando vuelva estaré dispuesto a que retomemos este tema con más tranquilidad..." (Rosen, Matheson, Stith, Mccollum y Locke, 2003).
c) Desarrollo y entrenamiento práctico activo en secuencia de actuaciones en situaciones de emergencia. Por ejemplo, en momentos de alto riesgo, tener preparadas posibles vías de escape; formas privadas para avisar a vecinos; tener preparado un "maletín de emergencia", en el que se han colocado previamente los documentos principales, direcciones de posible ayuda, un juego de llaves, ropa esencial y juguetes para los niños, si los hubiere, teléfono móvil o monedas para poder usar un teléfono público para buscar ayuda.

Es muy posible que estas medidas puedan parecer parciales, no sean aplicables a todos los casos de violencia de género y se encuentren muy por debajo de los estándares considerados ideales por muchos de los lectores. Seguramente que tales propuestas son contraproducentes en los subtipos de personas violentas que Holtzworth-Munroe y Stuart, (1994) han denominado "disfóricos-*borderline* y personalidades antisociales" Sin embargo, este tipo de actuaciones empiezan a probarse como eficaces en muchos otros casos (Mccollum y Stith, 2008; Stith, Green, Smith y Ward, 2008; Stith, Rosen y Mccollum, 2003; Stith, Rosen, Mccollum y Thomsen, 2004) y, hoy por hoy, quizá sean las únicas realistas, para poder así cortar la cadena de "aprendizaje estructurado de la violencia" por parte de nuestros hijos. Pues esta es la escuela, con menor "fracaso escolar", donde nuestros hijos aprenden definitivamente a ser violentos. (Schwartz, Hage y Burns, 2006).

No podemos dejar de apoyar el tipo de trabajo emprendido para ayudar a las víctimas de la violencia (Labrador, Paz, De Luis y Fernández-Velasco, 2004), o los esfuerzos realizados para recuperar a las personas violentas (Echeburúa y Fernández-Montalvo, 1997), si bien diversos datos acumulados no parecen especialmente esperanzadores, por lo que a la recuperación de los agresores se refiere (Babcock, Green y Robie, 2004) Pero mucho nos tememos que, sólo con esas actuaciones, no se terminará de erradicar la violencia en el contexto de relaciones íntimas (Arias, Dankwort, Douglas, Dutton y Stein, 2002; Muñoz-Rivas, Graña y González, 2011), a no ser que seamos capaces de cambiar lo que para muchos se ha convertido en su verdadero caldo de cultivo: la dinámica de la relación conflictuada. Quizá no esté lejos el día en que nos demos cuenta que, lo mismo que para permitir a un ciudadano conducir un vehiculo en una carretera se necesita de un "carnet de conducir" que avale su capacidad, hayamos de prepararnos —¿y sacar un carnet?— para aprender a conducir en las relaciones amorosas algo mucho más complejo que un vehículo: nosotros mismos (Markman, 1979, 1981).

Preguntas por contestar en investigación

Al margen de las propuestas prácticas planteadas más arriba, siguen algunas cuestiones que nos parece urgente poder clarificar mediante estudios adecuadamente controlados.

a) *Tipología de violentos*. Creemos importante clarificar —por las posibles implicaciones terapéuticas posteriores— mediante estudios bien controlados, las características definitorias de los diversos tipos de personalidades violentas. Meehan, Holtzworth-Munroe y Herron (2001), en un intento fallido de replicar la tipología I y II de Gottman *et al*. (1995), argumentan que la tasa media de los sujetos del primer estudio era 77,05 latidos por minuto, bien por encima de los 73 latidos de media de americano medio, por lo que no era de extrañar que terminasen reduciéndose. Nosotros ya habíamos formulado esta misma crítica anteriormente (Cáceres, Landeta *et al*., 1998). Sin embargo, esta argumentación no puede atribuirse a nuestro estudio, en el que la tasa cardíaca media fue de 73,53. Por otra parte, el registro de los datos fisiológicos, en nuestro estudio no había sido realizado "on-line", durante la discusión, si no varios días después de la discusión, cuando las necesidades metabólicas implicadas por la gesticulación durante la discusión no podían aducirse como responsables de la activación cardiovascular. Gottman (2001) contraargumenta que lo que subyace en esta subcategorización de las personalidades violentas tiene que ver con la hipoactivación e hiporeactividad que son características de la criminalidad y psicopatía, con un "venerable" tradición y apoyo en la literatura científica y que quizá el estudio de Meehan, Holtzworth-Munroe *et al*. (2001) no fue capaz de provocar discusiones de alto conflicto. Meehan y Holtzworth-Munroe, (2001) terminan por reconocer la existencia de aceleradores y desaceleradores, manifiestan

que quizá esta dimensión pueda ser útil a la hora de valorar la hostilidad, pero cuestionan que ayude a clarificar la psicopatía y a descubrir los maltratadores antisociales. Desafortunadamente ninguno de estos equipos estudia estas variables en el caso de la mujeres, aunque en nuestro estudio el porcentaje de aceleradoras y desaceleradoras es parecido al de los varones (Cáceres, 1999).

b) Dependencia emocional. Resulta difícil entender por qué algunas mujeres, tras describir las vejaciones a las que se ven expuestas en sus relaciones de parejas insisten explícitamente en seguir con el agresor ("…porque le quiero…") argumentan Dutton y Painter (1991) y, a veces, terminan saboteando las medidas de protección. Se suele argüir que el miedo, la indefensión, las penurias económicas, las presiones familiares y del entorno, la "dependencia emocional" son los responsables. Nosotros hemos empezado a utilizar, para intentar evaluar algunas de estas variables (el cuestionario "Síndrome de Estocolmo", adaptado de Graham *et al*. (1995).

c) Demandas implícitas vs. explícitas. Con frecuencia nos preguntamos qué significado tiene el alto porcentaje de procesos iniciados y no sustentados o activamente retirados de los juzgados —cuando ello era posible— (Roberts, Wolfer y Mele, 2008), las órdenes de protección activamente saboteadas por las protegidas y las visitas "vis a vis" en la cárcel a las personas condenadas. ¿Demuestran poca confianza en el sistema Policial-Judicial?, ¿denotan miedo u "otras dependencias"?, ¿existen diferencias entre los objetivos explícitos e implícitos en las denuncias presentadas o en las demandas que realizan en la consulta?, ¿cuánto de los fracasos en el desarrollo posterior de la pareja y las medidas implementadas en su salvaguardia se deben a nuestro fracaso a la hora de captar estas diferencias?[2]

d) Continuos o diferentes categorías. Otra de las cuestiones que requiere urgente contestación tiene que ver con el binomio dimensional/categorial. ¿Los diversos grados de violencia que encontramos son el resultado de hallarse en momentos diferentes en el continuo relacional (se van "acostumbrado" a diferentes grados de violencia a lo largo de la interacción, dando por sentado que "es normal" levantar la voz, los tonos y los puños…) o se trata de dos categorías de personas (las violentas y las no violentas) diferenciadas por variables caracteriales o socioeducativas no bien definidas todavía, o, una tercera posibilidad mixta, ¿sólo personas con características especiales saltan de un nivel de violencia a otro en determinados puntos del continuo? Otra cuestión relacionada tiene que ver con las diversas fases: ¿qué indicadores deberíamos buscar para determinar que se han superado determinados niveles de deterioro en los que ninguna rehabilitación es posible?

---

2 Una de las usuarias de nuestro Centro, victima de violencia por parte de su marido, estuvo de acuerdo en acudir al Servicio de Urgencias, pero con el informe recibido se negó a formular denuncia, volviendo a su casa con el mismo para "amonestar" al marido de las consecuencias que podría acarrearle si no cambiaba su actitud.

Referencias

Aldarondo, E. y Sugarman, D. B. (1996). Risk marker analysis of the cessation and persistence of wife assault. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 64,* 1010-1019.

Allison, C. J., Bartholomew, K., Mayseless, O. y Dutton, D. G. (2008). Love as a battlefield - Attachment and relationship dynamics in couples identified for male partner violence. *Journal of Family Issues*, 29, 125-150.

Archer, J. (2004). Sex differences in aggression in real-world settings: a meta-analiytic review. *Review of General Psychology, 8,* 291-322.

Arias, I., Dankwort, J., Douglas, U., Dutton, M. A. y Stein, K. (2002). Violence against women: the state of batterer prevention programs. *Journal of Law-Medical Ethics, 30,* 157-165.

Babcock, J. C., Green, C. E. y Robie, C. (2004). Does batterers' treatment work? A meta-analytic review of domestic violence treatment. *Clinical Psychology Review, 23,* 1023-1053.

Babcok, J. C., Waltz, J., Jacobson, N. S. y Gottmann, J. M. (1993). Power and violence: the relation between communication patterns, power discrepancies and domestic violence. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 61,* 40-50.

Baker, L. A., Pearcey, S. M. y Dabbs, J. A. (2002). Testosterone, alcohol, and civil and rough conflict resolution strategies in lesbian couples. *Journal of Homosexuality, 42,* 77-88.

Beck, A. T., Ward, C. H., Mendelson, M., Mock, J. y Erbaugh, J. (1961). An inventory for measuring depression. *Archives General Psychiatry, 4,* 561-571.

Bell, M. E., Cattaneo, L. B., Goodman, L. A. y Dutton, M. A. (2008). Assessing the risk of future psychological abuse: predicting the accuracy of battered women's predictions. *Journal of Family Violence, 23,* 69-80.

Bettencourt, B. A., Talley, A. y Benjamin, A. J. (2006). Personality and aggressive behavior under provoking and neutral conditions: a meta-analytic review. *Psychological Bulletin, 132,* 751-777.

Bograd, M. y Mederos, F. (1999). Battering and couples therapy: universal screening and selection of treatment modality. *Journal of Marital & Family Therapy, 25,* 291-312.

Bonomi, A. E., Thompson, R. S., Anderson, M., Reid, R. J., Carrell, D. y Dimer, J. A. (2006). Intimate partner violence and women's physical, mental, and social functioning. *American Journal of Preventive Medicine, 30,* 458-466.

Boonzaier, F. (2008). 'If the man says you must sit, then you must sit': The relational construction of woman abuse: Gender, subjectivity and violence. *Feminism & Psychology, 18,* 183-206.

Bouchard, G. P. y Lee, C. M. (1999). Conjugal violence: is couples therapy appropriate? *Canadian Psychology-Psychologie Canadienne, 40,* 328-342.

Burkitt, K. H. y Larkin, G. L. (2008). The transtheoretical model in intimate partner violence victimization: stage changes over time. *Violence and Victims, 23,* 411-431.

Cáceres, A. y Cáceres, J. (2006). Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas. *International Journal of Clinical and Health Psychology, 6,* 271-284.

Cáceres, J. (1986). *Reaprender a vivir en pareja* (2ª ed.). Barcelona: Plaza y Janés.

Cáceres, J. (1989). Couples problem solving skills: are we striving in the right direction? *Journal of Sex and Marital Therapy*, *4,* 161-181.

Cáceres, J. (1992). Estudio Experimental de la interacción en la pareja. *Análisis y Modificación de Conducta, 18,* 413-443.

Cáceres, J. (1996). *Manual de terapia de pareja e intervención con familias*. Madrid: Fundación Universidad Empresa.

Cáceres, J. (1999). Discusiones de pareja, violencia y activación cardiovascular. *Análisis y Modificación de conducta, 25,* 909-938.

Cáceres, J. (2003). *Repartirse el desamor: guía psicológica en la separación*. Madrid: Minerva.
Cáceres, J. (2004). Violencia física, psicológica y sexual en el ámbito de la pareja: papel del contexto. *Clínica y Salud, 15,* 33-54.
Cáceres, J. (2007). Violencia doméstica: lo que revela la investigación básica con parejas. *Papeles del Psicólogo, 28,* 104-115.
Cáceres, J. (2007). Assessment of dimensions related to unsatisfied Spanish couples. Comunicación presentada en la *International Academy of Sex Research. XXXIII Conference, Vancouver*.
Cáceres, J. (2008). Valoración de aspectos relacionados con la sexualidad de parejas insatisfechas. *Sexología Integral, 5,* 16-21.
Cáceres, J. (2009). La violencia en el seno de las relaciones íntimas, analizadas por un psicólogo clínico. *Pensamiento Psicológico, 6,* 13-26.
Cáceres, J., Landeta, O., Ballús, E., Gómez, A., Otero, J., Rangel, S. y Robles, O. (1998). Fisiología del Desamor: estar malcasado/a es malo para su salud. *Cuadernos de Medicina Psicosomática,* 45, 15-25.
Cameron, P. (2003). Domestic violence among homosexual partners. *Psychologial Report*, *93,* 410-416.
Campbell, J. C. (2004). Helping women understand their risk in situations of intimate partner violence. *Journal Interpersonal Violence, 19,* 1464-1477.
Ceasar, P. L. (1988). Exposure to violence in the families of origin among wife abusers and maritally nonviolent men. *Violence and Victims, 3,* 49-64.
Cohan, C. L., Booth, A. y Granger, D. A. (2003). Gender moderates the relationship between testosterone and marital interaction. *Journal of Family Psychology, 17,* 29-40.
Corsi, J. (1994). *Violencia familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un grave problema social*. Buenos Aires: Paidós.
Church, R. M. (1963). The varied effects of punishment on behaviour: theories of punishment. *Psychological Review, 70,* 372-380.
Delgado, A., Aguar, M., Castellano, M. y Luna Del Castillo, J. (2006). Validación de una escala para la medición de los malos tratos a mujeres. *Atención Primaria, 38,* 82-89.
Dutton, D. y Painter, S. L. (1991). Traumatic bonding: the development of emotional attachment in battered women and other relationships of intermittent abuse. *Victimology International Journal, 6,* 139-155.
Echeburúa, E. y Fernández-Montalvo, J. (1997). Tratamiento cognitivo conductual de hombres violentos en el hogar: un estudio piloto. *Análisis y Modificación de Conducta, 23,* 355-384.
Fernández-Montalvo, J. y Echeburúa, E. (1997). Variables psicopatológicas y distorsiones cognitivas de los maltratadores en el hogar: un análisis descriptivo. *Análisis y Modificación de Conducta, 23,* 152-180.
Fontanil, Y., Ezama, E., Fernández, R., Gil, P., Herrero, F. J. y Paz, D. (2005). Prevalencia del maltrato de pareja contra las mujeres. *Psicothema, 17,* 90-95.
Galea, L. A. M., Uban, K. A., Epp, J. R., Brummelte, S., Bartha, C. K., Wilson, W. L., Lieblich, S. E. y Pawluski, J. L. (2008). Endocrine regulation of cognition and neuroplasticity: our pursuit to unveil the complex integration between hormones, the brain, and behaviour. *Canadian Journal of Experimental Psychology, 62,* 247-260.
George, D. T., Phillips, M. J., Doty, L., Umhau, J. C. y Rawlings, R. R. (2006). A model linking biology, behavior and psychiatric diagnoses in perpetrators of domestic violence. *Medical Hypotheses, 67,* 345-353.
George, D. T., Umhau, J. C., Phillips, M. J., Emmela, D., Ragan, P. W., Shoaf, S. E. y Rawlings, R. R. (2001). Serotonin, testosterone and alcohol in the etiology of domestic violence. *Psychiatry Research, 104,* 27-37.

Gottman, J., Jacobson, N. S., Rushe, R., Short, J. y Babcock, J. (1995). The relationship between heart rate reactivity, emotionally aggressive behavior and generalviolence in batterers. *Journal of Family Psychology, 9,* 227-248.

Gottman, J. M. (2001). Crime, hostility, wife battering, and the heart: on the Meehan et al. (2001) failure to replicate the Gottman et al. (1995) typology. *Journal of Family Psychology, 15,* 409-414.

Gottman, J. M. y Levenson, R. W. (1986). Assessing the role of emotion in marriage. *Behavioral Assessment,* 8, 31-48.

Graham, D. L., Rawlings, E., Ihms, K., Latimer, D., Foliano, J., Thompson, A., Suttman, K., Farrington, M. y Hacker, R. (1995). A scale for identifying "Stocholm Syndrome". reactions in young dating women: factor structure, realiability, and validity. *Violence and Victims, 10,* 3-22.

Hamilton, M. (1959). The assessment of anxiety states by rating. *British Journal of Medical Psychology, 32,* 50-55.

Holt, V. L., Kernic, M. A., Lumley, T., Wolf, M. E. y Rivara, F. P. (2002). Civil protection orders and risk of subsequent Police-reported violence. *Journal of the American Medical Association, 288, 589-594*.

Holt, V. L., Kernic, M. A., Wolf, M. E. y Rivara, F. P. (2003). Do protection orders affect the likelihood of future partner violence and injury? *American Journal of Prevention Medicine, 24,* 16-21.

Holtzworth-Munroe, A., Meehan, J. C., Herron, K., Rehman, U. y Stuart, G. L. (2000). Testing the Holtzworth-Munroe and Stuart (1994) Batterer Typology. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 68,* 1000-1019.

Holtzworth-Munroe, A. y Stuart, G. L. (1994). Typologies of batterers: three subtypes and the differences among them. *Psychological Bulletin, 116,* 476-497.

Horner, M. S. (2002). Domestic violence. It's not only men who commit domestic violence. *British Medical Journal, 325,* 44.

Hudson, W. y Mcintosh, D. (1981). The assessment of spouse abuse: two quantifiable dimensions. *Journal of Marriage and the Family, 43,* 873-884.

Jacobson, N. S., Gottman, J. M., Gortner, E., Berns, S. y Shortt, J. W. (1996). Psychological factors in the longitudinal course of battering: when do the couples split up? When does the abuse decrease? *Violence Victims, 11,* 371-92.

Jacobson, N. S., Gottman, J. M., Waltz, J., Rushe, R., Babcock, J. y Holtzworth-Munroe, A. (1994). Affect, verbal content, and psychophysiology in the arguments ofcouples with a violent husband. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 62,* 982-988.

Jouriles, E. N. y O'leary, K. D. (1985). Interspousal reliability of reports of marital violence. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 53,* 419-421.

Juste Ortega, M. G., Morales González, J. M. y Costa Cabanillas, M. (1997). *Actitudes de los españoles ante el castigo físico infantil*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Labrador, F. J., Paz, P., De Luis, P. y Fernández-Velasco, R. (2004). *Mujeres víctimas de violencia doméstica*. *Programa de actuación*. Madrid: Pirámide.

Levenson, R. W. y Gottman, J. M. (1983). Marital interaction - physiological linkage and affective exchange. *Journal of Personality and Social Psychology, 45,* 587-597.

Levenson, R. W. y Gottman, J. M. (1985). Physiological and affective predictors of change in relationship satisfaction. *Journal of Personality and Social Psychology, 49,* 85-94.

Liebschutz, J., Battaglia, T., Finley, E. y Averbuch, T. (2008). Disclosing intimate partner violence to health care clinicians - What a difference the setting makes: a qualitative study. *BMC Public Health, 8,* 229.

Lipsky, S. y Caetano, R. (2007). Impact of intimate partner violence on unmet need for mental health care: results from the NSDUH. *Psychiatric Services, 58,* 822-829.

Lopiccolo, J. y Steger, J. C. (1974). The sexual interaction inventory: a new instrument for assessment of sexual dysfunction. *Archives of Sexual Behavior, 3, 585-595.*

Markman, H. J. (1979). Application of a Behavioral Model of marriage in predicting Relationship satisfaction of couples planning marriage. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 47,* 743-749.

Markman, H. J., Floyd,F. (1981). Possibilities for the prevention of marital discord: a behavioral perspective. *American Journal of Family Therapy, 10,* 29-48.

Mccollum, E. E. y Stith, S. M. (2008). Couples treatment for interpersonal violence: a review of outcome research literature and current clinical practices. *Violence and Victims, 23,* 187-201.

Mckenry, P. C., Julian, T. W. y Gavazzi, S. M. (1995). Toward a biopsychosocial model of domestic violence. *Journal of Marriage and the Family, 57,* 307-320.

Meehan, J. C. y Holtzworth-Munroe, A. (2001). Heart rate reactivity in male batterers: reply to Gottman (2001) and a second look at the evidence [comment]. *Journal of Family Psychology, 15,* 415-24.

Meehan, J. C., Holtzworth-Munroe, A. y Herron, K. (2001). Maritally violent men's heart rate reactivity to marital interactions: a failure to replicate the Gottman *et al*. (1995) typology. *Journal of Family Psychology, 15,* 394-408.

Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2002, 2006). *Macroencuesta: violencia contra las mujeres*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Montes-Berges, B. (2008). Conflict solving strategies and romantic jealousy in intimate relationships: adaptation and analysis of CTS2 and CR scales. *Estudios de Psicología, 29,* 221-234.

Muñoz-Rivas, M. Graña, J. L. y González, P. (2011). Abuso psicológico en parejas jóvenes. *Behavioral Psychology/Psicología Conductual, 19*, 117-131.

Navran, L. (1967). Communication and adjustment in marriage. *Family Process, 6,* 173-184.

Neidig, P. H. y Friedman, D. H. (1997). *Spouse abuse: a treatment program for couples*. Champaign: Il: Research Press.

Nunnally, J. (1987). *Teoría psicométrica*. México, DF: Trillas.

O'farrell, T. J., Murphy, C. M., Stephan, S. H., Fals-Stewart, W. y Murphy, M. (2004). Partner violence before and after couples-based alcoholism treatment for male alcoholic patients: the role of treatment involvement and abstinence. *Journal Consulting Clinical Psychology, 72,* 2002-217.

O'leary, K. D., Barling, J., Arias, I., Rosenbaum, A., Malone, J. y Tyree, A. (1989). Prevalence and stability of physical aggression between spouses: a longitudinal Analysis. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 57,* 263-268.

O'leary, K. D., Malone, J. y Tyree, A. (1994). Physical aggresion in early marriage: prerelationship and relationship effects. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 62,* 594-602.

Pita Fernández, S. y Pértegas Díaz, S. (2004). La fiabilidad de las mediciones clínicas: el análisis de concordancia para variables numéricas. Recuperado el día 19 de noviembre de 2010, desde http://www.fisterra.com/mbe/investiga/conc_numerica/conc_numerica.asp

Richardson, J. R. y Feder, G. (2002). Domestic violence affects women more than men. *British Medical Journal, 325,* 7367.

Roberts, J. C., Wolfer, L. y Mele, M. (2008). Why victims of intimate partner violence withdraw protection orders. *Journal of Family Violence, 23,* 369-375.

Rosembaum, A., Geffner, R. y Sheldon, B. (1997). *A biopsicosociological model of understanding aggression violence and sexual abuse at home*. Nueva York: Haworth.

Rosembaum, A. y O'leary, K. D. (1981). Marital violence: characteristics of abusive couples. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 49,* 63-71.

Rosembaum, A., Geffner, R. y Sheldon, B. (1997). A biopsicosociological model of understanding aggression. En R. Geffner y P. K. Lundberg-Love (dirs.), *Violence and sexual abuse at home* (pp. 57-80). Nueva York: Haworth.

Rosen, K. H., Matheson, J. L., Stith, S. M., Mccollum, E. E. y Locke, L. D. (2003). Negotiated time-out: a de-escalation tool for couples. *Journal of Marital and Family Therapy, 29,* 291-298.
Schumacher, J., Feldbau, S., Smith Slep, A. M. y Heyman, R. E. (2001). Risk factors for male-to-female partner physical abuse. *Aggression and Violent Behavior, 6,* 281-352.
Schumacher, J. A. y Leonard, K. E. (2005). Husbands' and wives' marital adjustment, verbal aggression, and physical aggression as longitudinal predictors of physicalaggression in early marriage. *Journal of Consulting and Clinical Psychology, 73,* 28-37.
Schwartz, J. P., Hage, S. M., Bush, I. y Burns, L. K. (2006). Unhealthy parenting and potential mediators as contributing factors to future intimate violence. A review of the literature. *Trauma Violence and Abuse, 7,* 206.
Simpson, L. y Christensen, A. (2005). Spousal Agreement Regarding Relationship Agression on The Conflict Tactics Scale-2. *Psychological Assessment, 17,* 423-432.
Soler, H., Vinayak, P. y Quadagno, D. (2000). Biosocial aspects of domestic violence. *Psychoneuroendocrinology, 25,* 721-739.
Spanier, G. B. (1976). Measuring dyadic adjustment: New scales for assessing the quality of marriage and similar dyads. *Journal of Marriage and the Family, 38,* 15-29.
Stith, S. M., Green, N. M., Smith, D. B. y Ward, D. B. (2008). Marital satisfaction and marital discord as risk markers for intimate partner violence: a meta-analytic review. *Journal of Family Violence, 23,* 149-160.
Stith, S. M., Rosen, K. H. y McCollum, E. E. (2003). Effectiveness of couples treatment for spouse abuse. *Journal of Marital and Family Therapy, 29,* 407-426.
Stith, S. M., Rosen, K. H., Mccollum, E. E. y Thomsen, C. J. (2004). Treating intimate partner violence within intact couple relationships: outcomes of multi-couple versus individual couple therapy. *Journal of Marital-Family Therapy, 30,* 305-318.
Taubman, S. (1986). Beyond the bravado: sex roles and the exploitive male. *Social Work, 31,* 12-18.
Taylor, S. E., Klein, L. J., Lewis, B. P., Grunewald, T. L., Gurung, R. A. R. y Updegraff, J. A. (2000). Behavioral responses to stress in females: tend-and-befriend, not fight-or flight. *Psychological Review,* 107, 411-429.
Van Goozen, S. H. M., Snoeck, H., G., F. y Harold, G. T. (2007). The evidence for a neurobiological model of childhood antisocial Behavior. *Psychological Bulletin, 133,* 149-182.
Vives-Cases, C., Gil-Gonzalez, D. y Carrasco-Portino, M. (2009). Verbal marital conflict and male domination in the family as risk factors of intimate partner violence. *Trauma Violence and Abuse, 10,* 171-180.
Vivian, D. y Heyman, R. E. (1996). Is there a place for conjoint treatment of couple violence? *In Session-Psychotherapy in Practice, 2,* 25-48.
Wathen, C. N. y Macmillan, H. L. (2003). Interventions for violence against Women. *JAMA, 289,* 589-599.
Weiss, R. L. y Birchler, G. R. (1975). *Areas of Change Questionnaire*. University of Oregon.
Weiss, R. L. y Cerreto, M. C. (1980). The Marital Status Inventory: development of a measure of dissolution potential. *American Journal of Family Therapy, 8,* 80-85.
Wrangle, J., Fisher, J. W. y Paranjape, A. (2008). Ha sentido sola? Culturally competent screening for intimate partner violence in Latina women. *Journal of Women Health, 17,* 261-268.
Wuest, J. y Merritt-Gray, M. (2008). A theoretical understanding of abusive intimate partner relationships that become non-violent: shifting the pattern of abusive control. *Journal of Family Violence, 23,* 281-293.

RECIBIDO: 25 de marzo de 2010
ACEPTADO: 27 de octubre de 2010